

GEORGE MOORE

Esther Waters

Traducción de Beatriz Marín



**Editorial  
Belvedere**

Título original: *Esther Waters*

Primera edición: septiembre 2008

© de la traducción, Beatriz Marín, 2008

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: [editorial.belvedere@hotmail.com](mailto:editorial.belvedere@hotmail.com)

Diseño de la colección: Leticia Esteban

ISBN: 978-84-936533-1-6

Depósito legal: M. 34.531-2008

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

## Epístola dedicatoria

Mi querido Rolleston. Resulta adecuado al humor del gran Aristófanes, allá arriba, allá abajo, dentro y fuera de nosotros, que un irlandés escriba una novela tan característicamente inglesa como *Don Quijote* es española, y que cuando el autor de *Esther Waters* dedica su obra a otro irlandés, debe ser evidente para todos que sostiene el espejo frente a la Naturaleza. Pero hay otra razón por la que debo dedicarte este libro. Tú, como yo, eres un irlandés protestante y podrás siempre amar a Irlanda sin odiar a Inglaterra... Pero se me acaba la paciencia para buscar una explicación a una dedicatoria que es un arrebatado de amistad hacia un viejo amigo.

Sería agradable repasar los últimos veinte años, pero no iré más allá de antaño cuando estábamos ocupados en intentar engatusar al público inglés para que aceptara la única solución (la tuya) al problema irlandés, una línea de ferrocarril que conectara un puerto del oeste con un túnel del norte que uniera Irlanda a Escocia. Fracasamos, por supuesto, en resultados prácticos (la mente oficial repela la razón), pero nuestra aventura no estuvo exenta de victoria moral, pues dos irlandeses dispusieron «echarle una mano a Irlanda» sin llegar a las manos. ¿Cómo explicar que el gran Aristófanes, allá arriba, allá abajo, dentro y fuera de nosotros, lo dispuso así? Y que, para que su divino

humor estuviese satisfecho, las cartas que tú escribiste y que yo firmé tenían que estar mejor escritas que las que tú mismo firmaste:

Es un modesto credo y aún así  
Agradable, si uno lo piensa,

creer que tu consideración con los demás te lleva a darle lo mejor de ti a un amigo.

Tuyo siempre,

*George Moore*

Editorial Belvedere

## CAPÍTULO I

Permaneció de pie sobre el andén mientras contemplaba cómo se alejaba el tren. El humo blanco subía en espiral por los arbustos que ocultaban la curva de la vía para luego evaporarse en la pálida noche. Un minuto más y el último vagón estaría fuera de su vista, las puertas blancas del cruce se abrirían lentamente y dejarían pasar a los impacientes pasajeros.

Había un baúl rectangular pintado de marrón rojizo y atado con una áspera cuerda en el asiento contiguo. El movimiento de su espalda y de sus hombros indicaba que el fardo que transportaba era grande, y el enorme bulto de lino gris, que se trataba de un peso muerto. Llevaba un vestido amarillo descolorido y una chaqueta negra demasiado gruesa para el día que hacía. Era una chica de veinte años, robusta, de brazos cortos y fuertes, y una cabeza dignamente colocada sobre el cuello rollizo. Las cejas bien formadas compensaban hasta cierto punto una nariz ancha y carnosa, y era un placer ver cómo su rostro serio, casi huraño, se iluminaba con alegre humor, pues, cuando reía, una hilera de dientes almendrados le asomaba entre los labios. Se puso a reír cuando el mozo le preguntó si tenía miedo de dejar el fardo con el baúl. Ambos, le dijo, irían juntos en el carro tirado del burro que bajaba todas las noches para llevar los paquetes. El hombre se entretuvo hablando y por él supo

que todas las tierras montañosas, todo hasta Beeding, pertenecían al señor.

—¿Beeding? —dijo ella—. Pensaba que los Barfield vivían en Shoreham.

—Y así es —contestó él—, allá lejos, cerca de Shoreham —y señaló una arboleda—; son gente demasiado refinada para el pueblo. Verá, Shoreham no es lo que era antaño con sus astilleros en el puerto y barcos venidos de todas partes que arriaban las velas al entrar por el rompeolas. No se ha construido mucho desde entonces, apenas han encargado uno o dos barcos de dos o tres toneladas—. Se hubiera quedado más tiempo pues la chica era de su agrado, pero el jefe de estación lo llamó para que bajara unas maletas—. ¡Encontrará la salida detrás de esos árboles! —gritó volviendo la cabeza. La chica le dio las gracias y caminó por el andén recorriendo con la vista las tierras bajas tras las cuales se alzaban gradualmente las colinas, dudando si dejar el fardo junto al baúl.

Al final del andén, el jefe de estación le cogió el billete y ella cruzó el paso a nivel intentando concentrarse, pero sin conseguirlo hasta que acertó a ver unas *villas*, una fila de veinticuatro casas adosadas, con verjas, laureles y puertaventanas. Había servido en casas como aquéllas y sabía que en cada una había una criada para todo. Pero la vida en Woodview era un gran sueño y pensaba que no sería capaz de hacer todo lo que iban a pedirle. Habría un mayordomo, un lacayo y un paje; no le preocupaba el paje, pero el mayordomo y el lacayo, ¿qué pensarían? Habría una primera criada, una segunda criada y, quizás, una doncella; y pudiera ser que estas señoras hubieran estado en el extranjero con la familia y hablaran de Francia y Alemania, de trenes y hoteles y de viajes que duraban toda la noche. Ella no podría unirse a las conversaciones. Su silencio les daría la pista, le preguntarían qué empleos había tenido y, cuando supieran la verdad, caería en desgracia y la echarían. Tampoco tenía dinero suficiente para volver a Londres. Qué excusa le daría entonces

a lady Edwin que la había rescatado de la señora Dunbar y le había conseguido el puesto de ayudante de cocina en Woodview. No, no podía volver. Su padre la maldeciría y, tal vez, pegara a su madre y también a ella. ¡Ah!, no se atrevería a pegarla otra vez; y el rostro de la joven enrojeció con estos recuerdos vergonzosos. Sus hermanos pequeños llorarían si volviera. Ya tenían poco para comer tal y como estaban las cosas. ¡Por supuesto que no debía volver! ¡Qué tontería por su parte pensar algo así!

Aun así, tenía ganas de que terminara la primera semana. ¡Si por lo menos tuviera un vestido que ponerse por las tardes! Esa cosa amarilla y vieja que llevaba a la espalda no serviría, pero uno de sus estampados de algodón era bastante fresco; tenía que conseguir un poco de cinta roja, así parecería otra cosa. Había oído que las criadas, en los sitios como Woodview, siempre se cambiaban de vestido dos veces al día y, los domingos, salían con capas de seda y sombreros a la última moda. Y la doncella, por supuesto, recibía toda la ropa de su señora y paseaba con el mayordomo. ¿Qué pensaría una gente así de una chica como ella? Sólo de pensarlo se le encogía el corazón y suspiró presagiando mucha amargura y desilusión. Incluso cuando, a su debido tiempo, recibiera su salario trimestral, apenas podría permitirse comprarse un vestido: en casa querrían el dinero. ¡Su salario trimestral! Hubiera preferido un salario mensual pues nunca lograría conservar su puesto. Así que todos aquellos campos pertenecían al señor y aquellos inmensos bosques también. ¡Caramba! Deben de ser gente tan refinada como lady Edwin..., mejor incluso, porque ella vivía en una casa como aquélla, junto a la estación.

A ambos lados de la calle recta había altos setos. Las niñas permanecían algo apartadas a la sombra sobre el tupido césped de verano con sus cochecitos mientras el murmullo de la ciudad se extinguía antes de llegar a sus oídos. La chica continuó imaginándose el futuro en el que estaba a punto de entrar. Podía ver dos casas, una de piedra gris, la otra de rojo ladrillo con un aguilón cubierto de hiedra; y entre las dos, el chapitel

de una iglesia. Preguntó a un viandante y por él supo que la primera casa era la rectoría y la segunda, la portería de Woodview. Si ésa era la portería, ¿cómo sería entonces la casa?

Dos metros y medio más allá, la calle se bifurcaba y se abría a ambos lados un macizo triangular de árboles; la chica de ciudad, fatigada, respiró hondamente y llenó de salud los pulmones. El pequeño espacio verde aplacó sus miedos y la animó a ser valiente e interrumpir al portero que estaba tocando una churumbela en una pequeña caseta junto a una verja pintada de blanco. Le indicó que siguiera recto y que se asegurara de girar a la izquierda cuando llegara a la cima y, como nunca antes había visto una avenida, se detuvo a admirar las irregulares ramas de los olmos como vigas sobre la calzada y a escuchar a una monótona paloma.

Volvieron a asaltarle las dudas; nunca conseguiría conservar el puesto. La avenida torcía un poquito y, de repente, se topó con un hombre joven que, inclinado sobre una empalizada, fumaba en pipa.

—Perdone, señor, ¿voy bien para llegar a Woodview?

—Sí, sigue recto, atraviesa el establo y gira a la izquierda —y, después, reparando en su figura vigorosa, pero de una robustez elegante con unas mejillas encendidas, le dijo—: Pareces agotada, ese fardo es bastante pesado, déjame que te lo lleve.

—Estoy un poco cansada —dijo ella mientras apoyaba el fardo sobre la empalizada—. En la estación me dijeron que el carruaje me traería después el baúl.

—Ah, ¿entonces tú eres la nueva ayudante de cocina? ¿Cómo te llamas?

—Esther Waters.

—Mi madre es la cocinera; ten cuidado de no meter la pata o te echará. Tiene un genio del demonio, pero luego se le pasa, no es mala gente si no la enfada.

—¿Trabaja usted allí?



—No, pero espero hacerlo pronto. Podría haber entrado hace dos años, pero mi madre no quería que entrara como sirviente y no sé cómo se lo tomará cuando me vea bajar corriendo a por el carruaje.

—¿Está libre el puesto? —preguntó Esther y levantó tímidamente los ojos mientras lo miraba de soslayo.

—Sí, a Jim Sotory lo echaron hará una semana. Le bastaba un trago para contar cualquier tontería que se hiciera en el establo. Para eso lo llevaban al Red Lion; por supuesto, el señor no podía permitirlo.

—¿Y usted va a ocupar su puesto?

—Sí. No voy a pasarme toda la vida subiendo y bajando paquetes por King's Road, Brighton, si puedo encontrar un hueco aquí. No es tanto por el puesto, sino por las ventajas, información fresca de primera mano. A mí no me verás charlando en la barra del Red Lion para que cada maldita palabra que diga la manden por telegrama a Londres y la impriman en los periódicos de la mañana.

Esther se preguntaba de qué estaría hablando y, al observarlo, vio una frente baja y estrecha, una cabeza pequeña y redonda, una nariz larga, una barbilla puntiaguda y unas mejillas bastante flácidas y pálidas. Pese al pecho hundido, era de compleción fuerte; con esos brazos podría asestar una buena somanta de palos. La frente baja y los ojos apagados indicaban un cerebro pequeño y desprovisto de imaginación, pero las facciones regulares y su aspecto de honradez natural hacían de William Latch un hombre que gustaría a diez hombres y dieciocho mujeres de cada veinte.

—Veo que llevas libros en ese fardo —dijo tras un largo silencio—. ¿Te gusta leer?

—Son los libros de mi madre —respondió apresuradamente Esther—. Tenía miedo de dejarlos en la estación, cualquiera podría sacar uno y yo no lo echaría en falta hasta abrir el fardo.

—Sarah Tucker, ésa es la primera criada, te va a perseguir para que se los prestes. Es una lectora voraz. Ha leído todas las historias que se han publicado en el *Bow Bells* en los últimos tres años, y no puede uno sorprenderla, por mucho que lo intente. Se sabe todos los nombres, puede decirte qué señor salvó a la chica del carro cuando los caballos estaban arrastrándola como locos hacia un precipicio de cuarenta metros de profundidad, y todo sobre el *baronet* por el que la chica salió a la luz de la luna para morir ahogada. Yo, la verdad, no he leído los libros, pero Sarah y yo somos muy buenos amigos.

Esther tembló por temor a que volviera a preguntarle si le gustaban los libros, pues no sabía leer; y él, notando un cambio en su expresión, pensó que a ella le había desilusionado oír que le gustaba Sarah y deseó haber mantenido la boca cerrada.

—Buenos amigos, ¿sabes? Sarah y yo nunca hemos tenido nada; ella me marea con las historias que lee. No sé cuáles son tus gustos, pero yo prefiero cosas de las que se pueda sacar algo. Ese caballo que hay allí está más en mi línea.

—En la estación me dijeron —dijo ella— que el carruaje me traería el baúl.

—El carruaje no va a ir esta noche a la estación... Y necesitarás tus cosas, claro. Hoy veré al cochero y quizá baje con el carruaje, pero, ¡caray!, ha pasado media hora. Me llevaré una reprimenda por entretenerme hablando; mi madre lleva una hora esperándote. No hay ni un alma para ayudarla, y vienen seis personas a cenar. Tendrás que decir que el tren se retrasó.

—Pues entonces —dijo Esther—, ¿me dice cómo llegar?

Robles de hoja perenne formaban un arco sobre la puerta de hierro que daba al parque; los ángulos y las urnas de una casa estilo italiano asomaban entre las hayas a las que empezaban a volver los grajos. Un alto muro de ladrillo separaba el parque de los establos y, cuando William y Esther giraron a la izquierda y subieron por la calzada, pasaron junto a muchas puertas y escucharon las pisadas de los caballos y el traqueteo de las ca-

denas. La calle se abría hacia un bonito patio al que daba la casa, cuyo edificio trasero había sido reconstruido en ladrillo rojo hacía poco tiempo. Había aguilones y pórticos decorativos y, a través de las ventanas de la gran cocina, Esther atisbó a los criados yendo y viniendo. Al fondo del patio había una puerta que conducía al parque y por ella entró una fila de caballos. Llevaban arneses y capuchas, y Esther observó los ojos negros y redondos que miraban a través de los agujeros de la capucha y a los chicos pequeños y feos que balanceaban las piernas y golpeaban a los caballos con pequeñas ramas de fresno cuando éstos estiraban la cabeza para morder el bocado. «Mira, ¿ves aquél, el tercero?; ése es *Silver Braid*.»

Un golpe impaciente en la ventana de la cocina interrumpió su contemplación, y William se volvió rápidamente y dijo: «Acuérdate de decir que el tren llegó tarde; no digas que yo te entretuve o me va a meter en un aprieto del demonio. Por aquí». La puerta conducía a un pasillo cubierto por una estera de fibra de coco; la bella habitación en la que se encontró no se ajustaba en absoluto a las cocinas que Esther había visto o de las que había oído hablar, pues el fogón ocupaba casi un extremo de la cocina y sobre él una docena de cacerolas hervían a fuego lento; el aparador llegaba hasta el techo y estaba cubierto por un montón de platos y fuentes y, Esther, pensó cuánto iba a tener que esforzarse para conservar la belleza de su condición actual. Las elegantes criadas de cofia blanca iban de un sitio a otro haciendo sentir a Esther su propia insignificancia.

—Ésta es la nueva ayudante de cocina, mamá.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Latch mientras alzaba la vista en busca de la bandeja de tortitas que había sacado del horno y que estaba llenando de mermelada; y Esther notó el parecido de la señora Latch con su hijo, la misma nariz larga y estrecha, las mismas sienas.

—Imagino que vas a decirme que el tren llegó tarde.

—Sí, mamá, el tren llegó con un cuarto de hora de retraso —metió baza William.

—No te he preguntado a ti, vagabundo inútil, flojo y holgazán. Supongo que fuiste tú el que entretuvo a la chica todo este tiempo. Seis personas a cenar y llevo todo el día sin una ayudante de cocina. Si no llega a venir Margaret Gale a echarme una mano, no sé dónde estaríamos ahora, y aun así la cena no va a estar a tiempo.

Las dos criadas, ambas con trajes estampados, permanecieron de pie escuchando; y el rostro de Esther se ensombreció cuando la señora Latch le dijo que se llevase sus cosas y se pusiera a preparar las verduras para que ella pudiera ver si tenía madera. Esther no contestó en seguida, pero se dio la vuelta mientras decía entre dientes: «Tengo que cambiarme de vestido y mi baúl aún no ha llegado de la estación.»

—Puedes arremangarte el vestido; Margaret Gale te prestará su delantal.

Esther vaciló.

—Eso que llevas no tiene pinta de poder estropearse mucho. Venga, manos a la obra.

Las criadas estallaron en una sonora carcajada. En el rostro de Esther se fijó una hosca mirada de terca obstinación que llegó incluso a oscurecer visiblemente la tez blanca y rosada.